

V.

FRAY MARTIN DE VALENCIA.

I.

Rezaban maitines en el coro los religiosos de Santa María del Hoyo en Estremadura, y cuando ya terminados los salmos era llegada la hora de las lecciones, levantándose de su asiento un fraile, en cuyo rostro se pintaba la austeridad de costumbres, se encaminó al púlpito desde donde aquellas se recitaban. Un momento despues leía en voz apenas perceptible un fragmento de las profecías de Isaías, cuya lectura no puede menos de elevar á la alma en alas de la contemplacion á las regiones del entusiasmo y del misterio.

Poco á poco iba el fraile levantando la voz al recitar la leccion sagrada, hasta que llegando á cierto pasage en que pareció deleitarse singularmente, como saliendo fuera de sí y lleno de júbilo, se interrumpió exclamando: "¡Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo!"

A estas palabras, proferidas casi á gritos, creyendo los demas religiosos que el lector se volvia loco, le tomaron del púlpito, le llevaron á una celda y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro á terminar los maitines.

Entre tanto, aquel religioso singular permaneció atónito en la cárcel donde se le habia dejado, pasando en ella todo lo restante de la noche. En amaneciendo volvió en sí; mas como se viesse en tinieblas, quiso abrir la puerta ó la ventana, y no lográndolo, atinó desde luego con lo que le habia sucedido, sonriendo al pensar en el temor que sus hermanos parecian haber abrigado de que como loco no se arrojase por la ventana.

Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemente á que se cerciorasen que no lo merecia, y entre tanto, puesto de rodillas, oraba con fervor exclamando á veces: "¡Oh! ¿y cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No seria yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros dias, y en la última edad del mundo?"

El hombre á quien sucedia tan estraña aventura era nada menos que el futuro superior de la colonia franciscana, destinada á plantar el estandarte del cristianismo en estas regiones: era el venerable P. Fr. Martin de Valencia.

II.

Este insigne varon fue natural de la Villa de Valencia, llamada de D. Juan, que está situada entre la ciudad de Leon y la Villa de Benavente, en la ribera del Esla. Nada sabemos de las circunstancias de su nacimiento ni de la posicion social de sus padres, si bien podemos conjeturar que serian estos de escelentes costumbres, atendida la buena y cristiana educacion que supieron dar á su noble hijo, y cuyos frutos cosecharon mas tarde tanto España como Méjico. Tampoco sabemos nada acerca de los primeros años de su juventud, pues su vida permanece envuelta en una completa oscuridad hasta que le vemos retirarse al claustro, tomando el hábito de San Francisco en el convento de la Villa de Mayorga, provincia de Santiago, que es uno de los mas antiguos de España.

Tuvo allí por maestro á Fr. Juan de Argumanes, escelente guia, con cuyas sabias lecciones hizo notables progresos no menos en la ciencia que en la virtud; y ya profeso volvió á Valencia por mandato de los superiores, de donde salió no mucho tiempo despues y muy contento, pues la compañía de sus parientes y conocidos solia distraerle del tenor de vida que habia adoptado. Dedicábase ardientemente á la contemplacion de las eternas verdades, y apeteciendo por tal motivo el recogimiento y el retiro del yermo, solicitó y obtuvo pasar á vivir al monasterio de Santa María del Hoyo, donde ocurrió el peregrino incidente que acabamos de referir: ¿qué misterio encerraba este suceso tan malamente apreciado por los monges?

Mas tarde lo sabremos.

III.

Aunque suele el hombre enderezar su vida hácia un objeto que no es el que la Providencia le destina, rara vez deja de conocer, por ciertos movimientos interiores, que aun no acierta con el camino que le señala su verdadera vocacion. El corazon en este estado es una nave sin piloto á merced de las olas de la incertidumbre. Pero llega al fin el instante decisivo en que calmándose la tempestad de la inconstancia, y revelándose al mortal su verdadero destino, ya no vacila entre las mil sendas que se ofrecen á sus ojos, y de todos los elementos de su sér, de sus mismas pasiones, saca fuerza para encaminarse adonde le llama su estrella.

Nuestro buen fraile, como se ha visto, parecia esclusivamente nacido á la vida contemplativa, segun el amor que mostraba á la soledad y al apartamiento del trato con sus semejantes. Así lo creyó él mismo por algun tiempo; mas hallándose en el monasterio poco antes mencionado, estuvo á punto de variar de su primer propósito. Un biógrafo, el P. Motolinía, nos describe con los mas vivos colores el estado de perplegidad en que cayó esa vez el P. Valencia, indicándonos tambien el medio singular de que Dios se valió para librarle del escollo.

“Comenzó (dice) á tener en su espíritu muy gran sequedad y dureza, y tibieza en la oracion; aborrecia el yermo; los árboles le parecian demonios; no podia ver los frailes con amor y caridad; no tomaba sabor en ninguna cosa espiritual; cuando se ponía á orar, hacía lo con gran pesadumbre; vivía muy atormentado. Vínole una terrible tentacion de blasfemia contra la fe, sin poderla alanzar de sí; parecíale que cuando celebraba y decia misa no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y á regaña dientes comulgaba; tanto le fatigaba aquesta imaginacion, que no queria ya celebrar, ni podia comer. Con estas tentaciones habíase parado tan flaco, que no parecia sino tener los huesos y el cuero, y parecíale á él que estaba muy esforzado y bueno. Esta sutil tentacion le traía Satanás para der-

rocarlo de tal manera, que cuando ya le sintiese del todo sin fuerzas naturales le dejase, y así desfalleciese y no pudiese tornar en sí, y saliese de juicio; y para esto tambien le desvelaba, que es tambien mucha ocasion para enloquecer; pero como nuestro Señor nunca desampara á los suyos, ni quiere que caigan; ni da á nadie mas de aquella tentacion que puede sufrir, dejóle llegar hasta donde pudo sufrir la tentacion sin detrimento de su ánima, y convirtiéndola en su provecho, permitiendo que una pobre mujer le despertase y diese medicina para su tentacion; que no es pequeña materia para considerar la grandeza de Dios; que no escoge los sabios sino los simples y humildes, para instrumentos de sus misericordias, y así lo hizo con esta simple mujer que digo.

“Que como el varon de Dios fuese á pedir pan á un lugar que se dice Robleda, que son cuatro leguas del Hoyo, la hermana de los frailes del dicho lugar, viéndole tan flaco y debilitado, díjole: ¡Ay padre! ¡y vos qué habeis? ¡Cómo andais que parece que quereis espirar de flaco, y cómo no mirais por vos, que parece que os quereis morir!—Así entraron en el corazon del siervo de Dios estas palabras como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó á abrir los ojos de su entendimiento, y á pensar cómo no comia casi nada, y dijo entre sí:—Verdaderamente esta es tentacion de Satanás—y encomendándose á Dios que le alumbrase y sacase de la ceguedad en que el demonio le tenia, dió la vuelta á su vida. . . . Despues que fue librado de aquellas tentaciones quedó con gran serenidad y paz en su espíritu, gozábale en el yermo, y los árboles, que antes aborrecia, con las aves que en ellos cantaban parecíanle un paraíso, y de allí le quedó que doquiera que estaba luego plantaba una arboleda, y cuando era prelado á todos rogaba que plantasen árboles, no solo de frutales, pero de los monteses, para que los frailes se fuesen allí á orar.

“Asimismo le consoló Dios en la celebracion de las misas, las cuales decia con mucha devocion y aparejo, que despues de matines ó no dormía nada ó muy poco, por mejor se aparejar; y casi siempre decia misa muy de mañana, y con muchas lágrimas muy cordiales que regaban y adornaban su rostro como perlas.”

Así se vió libre el V. P. Valencia de aquella suma de padecimientos inefables que abrumaba su vida, y que amenazaba pre-

cipitarle en un abismo. Por el fragmento que acabamos de dar á conocer, se habrá visto hasta dónde llegaba la sencillez y pureza de costumbres del religioso, y como ageno ya del hastío que por algun tiempo le causó el retiro, se afirmó mas en el estado que habia elegido en su juventud.

Con todo, un nuevo deseo se apoderó de su alma, un deseo vehemente que quiso á toda costa realizar. Para espresarlo nos serviremos de las palabras mismas del escritor citado antes. "Otro sí: de allí adelante tuvo gran amor con los otros frailes, y cuando alguno venia de fuera, recibíale con tanta alegría y con tanto amor, que parecia que le queria meter en las entrañas; y gozábale de los bienes y virtudes ajenas como si fueran suyas propias; y así perseverando en aquesta caridad, trájole Dios á un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las ánimas vino á desear padecer martirio, y pasar entre los infieles á convertirlos y predicar: aqueste deseo y santo celo alcanzó el siervo de Dios con mucho trabajo y ejercicios de penitencia, de ayunos, disciplinas, vigiliass y muy continuas oraciones." Pero este mismo deseo y este mismo celo fueron tambien en lo sucesivo los únicos que dominaron en su alma, identificándose con su naturaleza, y comunicándole á torrentes ese entusiasmo con que abrazó el proyecto de trasladarse á los países mas remotos para evangelizar á pueblos gentiles. Esta era su verdadera vocacion.

IV.

Consecuente con ella nuestro apóstol echó mano de los medios mas eficaces para comenzar desde luego la gloriosa carrera de sus benéficas labores: pero ¿cuántos obstáculos tenia que allanar antes de dar el primer paso! Previene la regla de los frailes menores, que si alguno por divina inspiracion fuere movido á desear ir entre los moros ú otros infieles, pida licencia á su provincial para efectuar su deseo; y ajustándose él á este ordenamiento, solicitó la referida licencia por tres veces. Una de ellas —pero dejemos hablar al candoroso Motolinía— "una de estas veces habia de pasar un río el cual llevaba mucha agua é ibarecio tanto, que tuvo que hacer en pasarse á sí solo, y fué menester que soltase unos libros que llevaba, entre los cuales iba una

biblia, y el río se los llevó un buen trecho; y él encomendando al Señor sus libros y rogándole que se los guardase, y suplicándole á nuestra Señora que no perdiese sus libros, en los cuales él tenia cosas anotadas para su espiritual consolacion, fuelos á tomar buen rato el río abajo, sin haber padecido detrimento ninguno del agua."

Pero le fué negada la licencia tantas veces cuantas la pidió, sin que conste cuál fuese la causa de esa negativa: acaso no inspiró la suficiente confianza para acometer y llevar á buen término su empresa, pues suele acaecer que para la realizacion de los humanos proyectos, sean pospuestos cabalmente los hombres mas aptos y merecedores. Con todo, él no desmayó, como que entre sus innumerables prendas, poseia en grado eminente la constancia.

Por este tiempo pasó á morar en compañía del P. Fr. Juan de Guadalupe en un convento de la custodia de la Piedad, donde se observaba la mas rígida pobreza: perseguidos allí por los malos frailes á quienes daban envidia la estrechez y aspereza en que vivian, se refugiaron en una isla formada entre el Tajo y el Guadiana, "que ni bien es en Castilla ni bien en Portugal." A instancia de sus hermanos volvió despues nuestro Valencia á la provincia de Santiago, donde edificó un monasterio junto á Belvis con el nombre de Santa María del Berrocal; y así de este como de los conventos que tenia á su cargo Fr. Juan de Guadalupe, con otros que dió la provincia mencionada, se formó en 1516 la custodia de San Gabriel, en que estaba comprendido el monasterio de San Onofre de la Lapa. En él vivió algun tiempo el venerable apóstol; y como es peculiar atributo de los buenos hacer bien en todas partes, contribuyó eficazmente desde su retiro á establecer armonía entre las casas de Priego y Feria, á la sazón desavenidas, conduciéndose de tal suerte, "que mas les pareció á todos ángel del Señor que no persona terrenal."

V.

Vengamos ahora á la época mas interesante de la vida de nuestro héroe.

La que fue custodia de San Gabriel es ya provincia con el mismo nombre, y tiene por superior al venerable P. Valencia,

que habita en el monasterio de Belvis. Llega un día á las puertas de este un personaje, á quien los religiosos dan la bienvenida con las mayores muestras de cordialidad y acatamiento: es el general de la orden, el P. Fr. Francisco de los Angeles, despues cardenal de Santa Cruz, y viene ahora visitando las provincias de regulares de España sujetas á su obediencia. Esto pasa en el año de 1523, dos despues de la conquista de Méjico.

De esta visita esperaban los religiosos ver nacer algun hecho de suma trascendencia, y no se engañaron, porque llegado el día de San Francisco, que estaba señalado para celebrar capítulo; hallándose en él llamó el general al P. Fr. Martin de Valencia "é hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva-España era nuevamente descubierta y conquistada, adonde, segun las nuevas de la muchedumbre de las gentes y de su calidad, creia y esperaba que se haria muy gran fruto espiritual habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinado de pasar en persona al tiempo que le eligieron por general, el cual cargo le embarazó la pasada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenia él muy gran confianza en la bondad divina, que seria grande el fruto y convertimiento de gentes que de su venida esperaban."

Por esta vez tuvo una amable escepcion la sentencia de La Bruyère, que dice: "Lo que mas se desea es tambien lo que menos sucede, ó si sucede no es ni en tiempo ni en circunstancias en que causaria estremado placer." En la indicacion que el general hizo al venerable religioso y que honra tanto á entrambos, el segundo vió colmados los deseos mas vehementes que abrigara, y del placer que entonces hubo de sentir puede juzgarse por la prontitud con que á poco tiempo efectuó su venida á nuestro país.

Ya apuntamos los mas notables incidentes de este viaje, y hemos seguido al P. Valencia con sus doce compañeros hasta dejarlos establecidos en la capital; dijimos tambien cómo se habian repartido de cuatro en cuatro á misionar á las principales poblaciones entonces existentes, despues de haber celebrado capítulo en que salió electo custodio nuestro apóstol; réstanos estudiar la vida de este en el nuevo teatro adonde le llamó su celo y que en breve llenaria con el esplendor de sus virtudes.

vi.

Era una de esas mañanas de otoño en que tras la lluvia de la noche precedente, el valle de Méjico respira alegría y frescura: los árboles cargados de sabrosas frutas atesoran todavía en las hojas algunas perlas de agua cristalina, que dejan caer silenciosamente á las blandas caricias del céfiro: un ligero vapor que se tiñe de oro á los tibios rayos del sol naciente se exhala de los lagos, y parece de lejos como el humo del incienso, como si fuese la plegaria que á su modo dirigiera el agua al Criador: los esbeltos montes descubren la frente de nieve por entre un anillo de nubes, y el cielo lleno de luz y serenidad fija una mirada cariñosa en la morada del hombre.

Apiñábase entre tanto en el patio del convento de San Francisco una muchedumbre de mejicanos al rededor de una gran cruz adornada de flores naturales. Colocados entre ellos algunos religiosos, les enseñaban una especie de canto llano, pero de suave y tierna melodía, que ellos repiten en coro, mostrando en el semblante la seriedad y respeto del que asiste á un acto religioso. El aire recoge estos acentos como la espresion de un amor sencillo que solo aspira á una vida de paz y de inocencia; como la protesta de sumision á una fe divina, cuya enseñanza empieza á insinuarse en el alma haciéndole entrever un horizonte de mejor vida.

De este modo enseñan los religiosos la sublime doctrina de Jesus á los recién convertidos aztecas, antes de darles el bautismo.

Vese asimismo en el patio no lejos del concurso, otra reunion compuesta de niños, á quienes da el nombre de hijos un fraile de unos cincuenta años de edad, y que rodeado de ellos parece decir como su divino Maestro: *Dejad á los niños acercarse á mí.*

Este es el P. Fr. Martin de Valencia.

Como luego que vino á Méjico se vió abrumado de tantas atenciones, siendo ademas ya entrado en años, no pudo dedicar al estudio de la lengua mejicana todo el tiempo que hubiera querido: logró, sin embargo, aprender algunas voces de las mas usuales y necesarias, con cuyo caudal tenia lo suficiente para

doctrinar á los párbulos, y enseñarlos á leer, en lo que mucho trabajó. Sentia demasiado esta falta de conocimiento, especialmente porque le impedia ganar almas para el Evangelio mediante la predicacion; mas procuraba repararla, así con las labores indicadas, como con la enseñanza práctica de las virtudes y con el santo ejercicio de la oracion, á que se entregaba fervorosamente mientras sus hermanos se atraian los corazones desde el púlpito.

Pero su ocupacion favorita eran las lecciones á los niños, ante los cuales deponia su severo talante, revistiéndose de aquella bondad y mansedumbre que requiere tan sagrado como penoso magisterio. He aquí por qué la mañana referida asistia entre sus alumnos, y era grato contemplar al lado de la inocencia de los primeros años, á la inocencia adquirida á fuerza de virtud: ¡escena tierna en que se estrechaban la mano la niñez y la experiencia, la aurora y el ocaso de la vida!

No menos seductor, aunque de diverso carácter, es el cuadro que representa la gente agrupada en torno de la cruz oyendo cantar y cantando alternativamente. Miranse en él felizmente hermanados en una sola familia animada de los mismos deseos, al pobre con el rico, á los siervos con los señores, á los *caciques* con los *macehuales*; en una palabra, á todas las clases y condiciones de la sociedad mejicana. ¡Hechizo poderoso de una religion de amor y paz! Ella inculca el augusto principio de la igualdad, y le realiza; predica la paz, y la establece; rodéase del infortunio, y le consuela; y de las ruinas de un imperio subyugado por la codicia armada, logra formar una sociedad laboriosa, inocente, benéfica, civilizada.

¡Espectáculo hermoso y que admiraria Grecia en sus mejores tiempos! Anáhuac ve reproducirse en su seno las maravillas y la santidad de la primitiva Iglesia. A la voz del humilde hijo de San Francisco, fiel intérprete de las bellezas y armonías del cristianismo, despierta un pueblo del letargo de la supersticion que pervertía sus mas nobles instintos, congrégase, obedeciendo á un atractivo inefable, á escuchar los acentos de la verdad, se despoja de sus hábitos feroces, y amamantado por una doctrina de amor y perfeccionamiento, se hace digno de alcanzar en el porvenir los mas altos destinos.

VII.

Desde el primer año que siguió al establecimiento de los franciscanos en la capital, los habitantes de Méjico y de Tlatelolco, que como ya se ha indicado formaban dos ciudades reunidas, comenzaron á tener sus juntas en la cabecera de cada barrio señaladamente los dias festivos, y á ellas concurrían los apóstoles á doctrinar á los adultos y bautizar á los niños.

Celebrábanse estas juntas en unas piezas que Motolinía llama *salas antiguas*, "porque iglesia aun no la habia, y los españoles tuvieron tambien, obra de tres años, sus misas y sermones en una sala de estas que servian por iglesia, y ahora es allí en la misma sala *la casa de la moneda*."—Nuestros investigadores no deben perder de vista este apuntamiento cuando traten de fijar las primitivas localidades del establecimiento que se acaba de mencionar.—Cuánto tendrían que trabajar los misioneros en esas juntas para dar idea de los dogmas cristianos, y desarraigar de las almas el torpe vicio de la idolatría, solo puede conjeturarse en vista de los obstáculos que presentaban por una parte la dificultad de espresarse á derechas en una lengua extraña, y por otra, la resistencia de los indios á desnudarse de antiguas preocupaciones. Pero todo lo avasallaba el noble celo de que estaban aquellos animados, y ora valiéndose de figuras simbólicas para hacerse comprender, ora patentizando las inestimables ventajas de una religion de paz y de clemencia sobre los ritos sanguinarios del paganismo, lo cierto es que en breve salieron airosos de la empresa.

Contribuyó no poco á este feliz resultado la rara disposicion que acreditaron algunos religiosos para el aprendizaje de la lengua mejicana, en la que llegaron á espresarse á los seis meses de residencia en la capital, los reverendos Fr. Luis de Fuenzalida y Fr. Francisco Jimenez. Ayuda eficaz para esto les dieron tambien los niños, como ya en otra parte se ha indicado, si bien al principio no sacaron de ella todo el fruto que se prometian, y era de esperarse, por haber cometido el grave error de comenzar sus instrucciones en latin, enseñando en este idioma á persignarse y rezar las oraciones tanto á niños como á gente adulta. Esta práctica no podia menos de inducir confusion en

quien los escuchaba sin saber latin ni castellano, pues oyéndolos espresarse unas veces de un modo y otras de diverso, hubo de inferir que para aprender lo que le enseñaban y para enseñar lo que él sabia, era forzoso hacer prodigios de memoria.

Pero conocido el error, luego le enmendaron, echando mano del recurso que describe Vetancurt, y que espresaremos con sus mismas palabras: "inspiróles Dios que con los niños que tenían por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podían se ponían á jugar con ellos con pajas y pedrezuelas, para quitarles la vergüenza, y con la comunicacion aficionarlos: traían papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo lo asentaban al propósito de lo que se hablaba; en juntándose comunicaban sus escritos, y sucedía no acertar; á los niños les enseñaban el castellano, y como hábiles á pocos dias los niños, no solo enmendaban lo que erraban, pero les hacían preguntas con que aprendían."

Descolló por sus servicios entre estos niños uno cuyo nombre nos ha conservado la historia. Llamábase Alonso y era hijo de una dama española que tenía dos, uno de los cuales era él. Ambos mantenían trato continuo con los muchachos mejicanos, y merced á esta circunstancia habían llegado á ser muy peritos en la lengua, tanto que sabiéndolo los religiosos, consiguieron de Cortés que Alonso pasase á vivir de asiento con ellos en el monasterio, y de allí adelante los acompañaba de pueblo en pueblo vistiendo el hábito, leyendo á la mesa, y siendo "maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio." Al fin llegó á ser religioso con el nombre de Fr. Alonso de Molina.

Ya en nuestros estudios sobre el convento de Santo Domingo, señalamos aunque brevemente la cooperacion de los niños mejicanos á la obra de la conversion del pueblo, y no será esta la última vez que toquemos este asunto, encontrando á cada paso ejemplares que lo comprueban, pues con mucho fundamento decía Fr. Toribio de Benavente: "si estos niños no hubieran ayudado á la obra de la conversion, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, pareceme que fueran lo que escribió el obispo de Tlaxcállan al emperador, diciendo:—Nos los obispos sin los frailes intérpretes, somos como falcones en muda.—Así lo fueran los frailes sin los niños."

Mas no perdamos de vista á Fr. Martin de Valencia.

VIII.

Los sobrinos y nietos de Moteuczoma, que se educaban con gran esmero en el convento de San Francisco, eran señores de Quauhtitlan, Tepotzotlan y otros pueblos á estos sujetos. Esta consideracion movió á nuestros frailes á dar preferencia á los lugares indicados, con respecto á otros de la comarca, en la predicacion del Evangelio y administracion del bautismo; si bien no llegó á tal extremo que descuidasen de la salud espiritual de las otras poblaciones del valle y aun de tierras mas lejanas. Prueba de este aserto son las expediciones fructuosas que hacían con esa mira á los lugares situados á las márgenes de la que entonces se llamaba *laguna del agua dulce*.

Una vez salió de Méjico nuestro Valencia acompañado del P. Fr. Francisco Jimenez, y se encaminaron á visitar esos lugares que, segun dice un historiador, no sabían ni cuántos eran.

Rayaba el alba convirtiendo el horizonte en una diadema de suavísima luz.

Desde las copas de los sauces, ó cerniéndose á gran altura, saludaban las aves el advenimiento del día con esos himnos inefables siempre los mismos, y siempre nuevos para el corazón que los escucha.

Era el momento solemne en que combate el misterio de las sombras con la franca claridad del sol que va á ostentarse; en que se apagan las estrellas ofuscadas por las oleadas de esplendor que se derraman por el firmamento azul-oscuro; en que las menudas nubes teñidas de oro y púrpura emulan y aventajan á las flores de los prados y de los jardines; y en que la luna pálida como una corola de azucena, parece una vírgen sorprendida con la inesperada presencia de su amante.

Tal vez la brisa pasaba rozando con sus alas diáfanas la superficie de los lagos, y suspiraba armoniosamente entre la juncia.

Tal vez el agua hacia visos como una masa líquida de plata, en medio de la cual jugueteaba el ánade azulado.

Y tal vez mientras vagaba la mariposa sobre las matas como una flor viviente, el eco solía traer al oído el melancólico canto del viandante que de apartadas regiones venía á la capital.